

bra del mariscal Ney! (*Aclamaciones. Aplausos prolongados en la izquierda.*)

M. DE RESSEGNIER: Vos encontrásteis allí vuestro sillón de par de Francia.

EL PRESIDENTE: No teneis la palabra, M. de Ressegnier.

UN DIPUTADO DE LA DERECHA: ¡La Convención guillotiné á veinticinco generales!

M. DE RESSEGNIER: ¡Vuestro sillón de par de Francia! (*Rumores.*)

EL PRESIDENTE: No interrumpais.

M. VÍCTOR HUGO: ¡Creo, así Dios me perdone, que M. de Ressegnier me echa en cara haberme sentado entre los jueces del mariscal Ney! (*Exclamaciones en la derecha. Risas irónicas en la izquierda.*)

M. DE RESSEGNIER: Os estais excediendo...

EL PRESIDENTE: Quereis sentaros? Guardad silencio, que no teneis la palabra.

M. DE RESSEGNIER (*dirigiéndose al orador*): Estais equivocado en lo que decís...

EL PRESIDENTE: Señor de Ressegnier, os llamo al órden formalmente.

M. DE RESSEGNIER: Estais desfigurando la verdad á sabiendas.

EL PRESIDENTE: Os llamaré al órden y os aplicaré el proceso verbal si no haceis caso de mis advertencias.

M. VÍCTOR HUGO: Hombres de los antiguos partidos, no penseis que me regocijo en vuestra desgracia, pero os digo sin rencor alguno que no juzgais el tiempo actual ni á vuestro país bajo un punto de vista justo, benévolo é imparcial; os sobreponéis á los hechos contemporáneos llamándolos decadencia, cuando la decadencia que existe hoy es la vuestra.

Porque la monarquía se vá, creéis que la Francia se vá. Es una ilusión óptica. Francia y monarquía son dos cosas muy distintas. La Francia permanece y se engrandece, sabedlo.

Nunca la Francia fué tan grande como en nuestros días; los extranjeros lo saben y vosotros lo ignorais.

El pueblo francés ha entrado en la edad de la razón, y esta es precisamente la ocasión que escogéis para tacharle de loco. Renegais del siglo por completo; su industria os parece materialista, su filosofía inmoral, su literatura anárquica. (*Risas irónicas en la derecha. Si! si!*) ¿Lo veis? acabais de confirmar mis palabras. Su literatura se os antoja anárquica, su ciencia impía y á su democracia la llamais demagogia. (*Si! Si!*)

Dominados por el orgullo, declarais que nuestros tiempos son malos y que

vosotros no pertenecéis á ellos. Todo consiste en que verdaderamente no sois de este siglo. Os envaneceis de esto y nosotros lo hacemos constar.

No sois de este siglo, no pertenecéis á este mundo. Estais muertos. Os lo concedo. (*Risas y bravos.*)

Pero ya que estais muertos, no volvais á molestarnos y dejad tranquilos á los que vivimos. (*Risa general.*)

M. DE TINGNY (*al orador*): ¿Nos suponéis muertos?

EL PRESIDENTE: ¡Ya resucitareis, señor de Tingny!

M. VÍCTOR HUGO (*cruzando los brazos y mirando fijamente á la derecha*): ¿Pretenéis volver á empezar? Las experiencias terribles que devoran reyes y príncipes, al débil Luis XVI como al hábil y fuerte Luis Felipe, las experiencias lamentables que devoran familias enteras nacidas en el trono, mujeres augustas, viudas santas, niños inocentes, no os bastan aun? Quereis más?

Ya que no teneis compasión ni memoria, ¡realistas! os pido gracia para las infortunadas familias reales.

¿Quereis volver á empezar la série de hechos necesarios, cuyas fases están previstas y por decirlo así marcadas de antemano como etapas inevitables?

¿Quereis penetrar en medio de los engranajes del destino? ¿Quereis entrar en el ciclo terrible, siempre el mismo, lleno de escollos, de tormentas y de catástrofes, que empieza por reconciliaciones pactadas de pueblo á rey, por restauraciones, por la apertura de las Tullerías, por lámparas encendidas, por arengas y músicas, por consagraciones y por fiestas; que continúa por las usurpaciones del trono al Parlamento, del poder al derecho, de la realeza á la nación; por luchas en las Cámaras, por resistencias en la prensa, por murmuraciones en la opinión, por procesos en los que el celo enfático y torpe de los magistrados que desean agradar aborta ante la energía de los escritores; que continúa violando Constituciones con cartas publicadas en complicidad con las mayorías; por leyes de represión, por medidas excepcionales, por exacciones de la policía por una parte y por otra por sociedades secretas y conspiraciones continuas, que nunca terminan?... ¿No os dice nada esa plaza que atravesais para llegar á este palacio? (*Interrupcion. Al órden! Al órden!*)

Golpead con fuerza su pavimento, que tan cerca se halla de las Tullerías, que codiciais aun; golpead, os digo, su pavi-

mento fatal y vereis salir de él á elección vuestra, ó el cadalso que precipita en la tumba á la vieja monarquía, ó el carruaje que conduce al destierro á la nueva. (*Aplausos prolongados en la izquierda. Murmullos, exclamaciones.*)

EL PRESIDENTE: A quién amenazais? Amenazais á álguien? Dejad á un lado amenazas.

M. VÍCTOR HUGO: Era una advertencia.

EL PRESIDENTE: Es una advertencia sangrienta; traspasais los límites de todo y olvidais la revisión, que es lo que se discute. Pronunciáis una diatriba y no un discurso.

M. VÍCTOR HUGO: ¿No se me permite evocar la historia?

UNA VOZ EN LA IZQUIERDA (*dirigiéndose al Presidente*): ¿Se discute la Constitución y la República y no dejais hablar?

EL PRESIDENTE: Matais á los vivos y evocais á los muertos. Creo que no es eso la discusión. (*Interrupcion prolongada. Risas de aprobacion en la derecha.*)

M. VÍCTOR HUGO: Señores, despues de haber invocado vuestros recuerdos en forma respetuosa; despues de haber hablado de mujeres augustas, de viudas santas, de niños inocentes; despues de haber apelado á todo esto, ¿no me será permitido en este recinto, despues de lo que en él se ha oido dias pasados, no me será permitido recurrir á la historia para buscar en ella una advertencia, oído bien, pero no una amenaza? ¿No me será permitido decir que las restauraciones empiezan de una manera que parece triunfal y que terminan fatalmente? ¿No me será permitido decir que las restauraciones empiezan por la alucinacion que llevan en sí y terminan por lo que se ha dado en llamar catástrofes, y aun añadir que si golpeais ese pavimento fatal que está á dos pasos de vosotros y á dos pasos de esas funestas Tullerías que aun codiciais, podrán salir, segun lo deseeis, ó el cadalso que precipita en la tumba á la vieja monarquía, ó el coche que conduce al destierro á la moderna? (*Rumores en la derecha. Bravos en la izquierda.*)

No me será permitido decirlo? ¡Y decís que esto es una discusión libre! (*Viva aprobacion y aplausos en la izquierda.*)

M. EMLIO DE GIRARDIN: Ayer lo era.

M. VÍCTOR HUGO: Protesto! Quereis ahogar mi voz, pero sin embargo, se me oirá... (*Reclamaciones en la derecha.*) Se me oirá.

Los hombres hábiles que están entre

vosotros, y que los hay, no tengo inconveniente en afirmarlo...

UNA VOZ EN LA DERECHA: ¡Sois muy benévolo!

M. VÍCTOR HUGO: Los hombres hábiles que están entre vosotros se creen fuertes en este momento porque se apoyan en una coalicion de intereses que solo tienen de comun el miedo. ¡Mal punto de apoyo es esa pasión, aunque sirve para producir el mal! eso es lo que tengo que decir á los hombres hábiles. Dentro de poco los intereses se asegurarán, y á medida que ellos tomen confianza, vosotros la perderéis.

Sí, señores; dentro de poco los intereses comprenderán que en la hora presente, que en el siglo diez y nueve, despues del cadalso de Luis XVI...

M. DE MONTEBELLO: Todavía?

M. VÍCTOR HUGO: Despues del derumbamiento de Napoleon, despues del destierro de Carlos X, despues de la caída de Luis Felipe, despues de la revolución francesa, en una palabra, es decir, despues de la renovación completa, absoluta y prodigiosa de los principios, creencias, opiniones, influencias y hechos, la República está en terreno firme y la monarquía solo es una aventura.

Pero el honorable M. Berryer os decia ayer: Nunca la Francia se acomodará á la democracia.

EN LA DERECHA: No dijo eso.

UNA VOZ EN LA DERECHA: Dijo á la República.

M. DE MONTEBELLO: Eso es otra cosa.

M. MATHIEU BOURDON: Eso es muy diferente.

M. VÍCTOR HUGO: Me es igual; acepto vuestra version. M. Berryer nos dijo: Nunca la Francia se acomodará á la República.

Señores, hace treinta y siete años, cuando la concesion de la Carta de Luis XVIII—así lo atestiguan todos los contemporáneos,—los partidarios de la monarquía pura, los mismos que trataban de revolucionario á Luis XVIII y á Chateaubriand de jacobino (*Risas*), los partidarios de la monarquía pura se asustaban de la monarquía representativa, exactamente igual que se asustan hoy de la República los partidarios de la monarquía constitucional.

Entonces se decia: Es buen sistema para Inglaterra; lo mismo que hoy se dice: Es buen sistema para América. (*Muy bien! muy bien!*) Se decia que la libertad de la prensa, las discusiones de la tribuna, los oradores de oposicion, los pe-

riodistas, todo eso constituía el desorden, y que Francia no se acostumbraría jamás á todo eso. Pues ya veis como se ha acostumbrado.

M. DE TINGNY: A la fuerza.

M. VÍCTOR HUGO: La Francia se acostumbra al régimen parlamentario, y lo mismo se acostumbrará al régimen democrático. Es dar un paso hácia adelante y nada más.

Después de acostumbrarse á la monarquía representativa se habituara á ver acrecentarse el movimiento democrático, como después del absolutismo acabó por consagrar el liberalismo, y la prosperidad pública se desenvolverá á través de las agitaciones republicanas, como se desarrolló en medio de las turbulencias constitucionales, y no solo se desarrollará, sino que se agrandará más y más, haciéndose estable; las aspiraciones populares se someterán á reglas fijas como las pasiones burguesas se sometieron; porque una nación tan grande como la Francia acaba siempre por encontrar su equilibrio.

Además, es preciso decíroslo; esta prensa libre, esta tribuna soberana, estos comicios populares, estas muchedumbres persiguiendo la práctica de una idea, este pueblo tumultuoso como auditorio y sosegado como juez, estas legiones de votos ganando batallas donde el retraimiento las perdería, estos torbellinos de periódicos que inundan la Francia todos los días, todo este movimiento, en fin, que os aterra, no es otra cosa que la fermentación del progreso, fermentación útil, necesaria, sana, fecunda, excelente. No creais que es el delirio de la calentura lo que solo es la crisis de la enfermedad.

Hé aquí lo que tenía que contestar á M. Berryer.

Ya lo veis, señores; ni la utilidad, ni la estabilidad política, ni la seguridad financiera, ni la prosperidad pública, ni el derecho, ni el hecho están en este debate de parte de la monarquía.

Ahora bien, ¿qué moralidad encierra el ataque á la Constitución, que oculta una agresión contra la República?

Señores, me dirijo en esto particularmente á los ancianos, á los jefes envejecidos, aunque siempre preponderantes, del partido monárquico actual, á los jefes que han formado parte como nosotros de la Asamblea constituyente, á los jefes á quienes no confundo con el elemento joven y generoso de su partido, que les siguen á su pesar.

Digo, sin embargo, que á nadie trato de ofender; respeto á todos los miembros de la Asamblea, y si alguna frase mía pudiera molestar á cualquiera de ellos, la retiro antes de pronunciarla.

Tengo que deciros que hubo realistas en otro tiempo...

M. CALLET: Pues sabéis gran cosa. (*Exclamaciones en la izquierda: ¡No interrumpáis!*)

M. CHARRAS (á M. Victor Hugo): Bajad de la tribuna.

M. VÍCTOR HUGO: Es evidente! ¡Ya no hay libertad de tribuna! (*Reclamaciones en la derecha.*)

EL PRESIDENTE: Preguntádselo á monsieur Michel de Bourges; él os dirá si existe la libertad de la tribuna.

M. SOUBIES: Debe existir para todos y no para uno solo.

EL PRESIDENTE: La Asamblea es la misma, los oradores son los que cambian, y el orador es el que forma al auditorio, según oísteis antes de ayer: M. Michel de Bourges os lo dijo.

M. LAMARQUE: Dijo todo lo contrario.

EL PRESIDENTE: Eso vino á decir.

M. MICHEL DE BOURGES (*desde su sitio*): Señor Presidente, me permitís una palabra? (*Signo afirmativo del Presidente.*)

Habéis cambiado los términos de lo que dije ayer, que por cierto no fué idea mía, sino del mejor orador del siglo diez y siete, de Bossuet. No dice que el orador hace al auditorio, sino que el auditorio hace al orador. (*En la izquierda: ¡Muy bien! muy bien!*)

EL PRESIDENTE: Volviendo los términos de la proposición, siempre resulta una verdad, que es la misma; es decir, que se establece una especie de reacción necesaria del orador á la Asamblea y de la Asamblea al orador.

Royer-Collard, desesperando de que se dejasen oír ciertas cosas, decía á los oradores: "Haced que se os escuche."

En cuanto á mí, declaro que me es imposible procurar igual silencio para todos siendo tan desemejantes los oradores. (*Hilaridad en la mayoría. Rumores é interpellaciones en la izquierda.*)

M. EMILIO DE GIRARDIN: ¿Está permitida la injuria?

M. CHARRAS: ¡Eso es una impertinencia!

M. VÍCTOR HUGO: Señores, á la cita de Royer-Collard que nos ha hecho nuestro honorable Presidente, contestaré con otra de Sheridan, que dice: "Cuando el Presidente deja de proteger al orador, la

libertad de la tribuna deja de existir." (*Aplausos repetidos en la izquierda.*)

M. ARNAUD DE L'ARIEGE: Jamás se ha visto parcialidad semejante.

M. VÍCTOR HUGO: Pues bien, señores, qué os estaba diciendo? Os decía—y refiero esto á la agresión dirigida hoy contra la República, procurando sacar las consecuencias morales de tal agresión;—os decía que hubo realistas en otro tiempo. Aquellos realistas, de los cuales mil circunstancias de familia han hecho unir su recuerdo á la infancia de muchos de nosotros y á la mía especialmente, como se me recuerda sin cesar, los conocieron nuestros padres y los combatieron; pero aquellos realistas contaban serlo el día del peligro, pero no al siguiente. (*En la izquierda: Muy bien! muy bien!*) No serían ciudadanos, pero hay que concederles que eran caballeros. Hacían una cosa odiosa, insensata, abominable, impía, como es la guerra civil; pero si la hacían, no la provocaban. (*Viva aprobación en la izquierda.*)

Tenían ante sí y sobre sí llena de vigor, de juventud, terrible y desbordada, la grandiosa cuanto magnífica revolución francesa, que enviaba contra ellos los granaderos de Mayence y que encontraban más fácil sujetar á la Europa que á la Vendée.

M. DE LA ROCHEJAQUELEIN: Es cierto.

M. VÍCTOR HUGO: Tenían ante sí un inmenso poder y le hacían frente sin valerse de astucias, sin convertirse nunca en zorras delante del león. (*Aplausos en la izquierda. M. de la Rochejaquelein hace signos afirmativos.*)

M. VÍCTOR HUGO (á M. de la Rochejaquelein): A vos me dirijo, á vuestro apellido, y este es un homenaje que rindo á los vuestros.

No iban á robar á aquella revolución, uno á uno y para servirse contra ella, sus principios, sus conquistas ni sus armas; querían matarla, pero no robarla.

Eran hombres atrevidos, de convicciones y sinceros, que se distinguieron por la franqueza en su modo de obrar, y no venían á la luz del sol y en plena Asamblea del país á balbucear un ¡Viva el rey! después de haber gritado veintisiete veces en solo un día; ¡Viva la República!

M. EMILIO DE GIRARDIN: No enviaban dinero para los heridos de Febrero.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, resumo en una palabra todo cuanto acabo de decir; la monarquía como principio, esto es, la legitimidad, está muerta en Francia, y es

un hecho evidente que fué y hoy no existe.

La legitimidad restaurada sería una revolución crónica; equivaldría á que el movimiento social fuese reemplazado por las conmociones periódicas. La República, por el contrario, es el progreso reducido á gobierno. (*Aprobación.*)

Termino aquí esta parte de la cuestión.

M. LÉO DE LABORDE: Pido la palabra.

M. MATHIEU BOURDON: La legitimidad se despierta.

(M. de Falloux se levanta.)

EN LA IZQUIERDA: No! No! ¡No interrumpais! No interrumpais!

(M. de Falloux se aproxima á la tribuna. Agitación extrepitosa.)

EN LA IZQUIERDA (*al orador*): ¡No permitais hablar, no lo consentais!

M. VÍCTOR HUGO: No permito la interrupción.

(M. de Falloux sube al estrado y cambia con el Presidente algunas palabras.)

M. VÍCTOR HUGO: ¿Olvida hasta tal punto el honorable M. de Falloux los derechos del orador, que no pide á éste permiso para interrumpirle, sino al Presidente?

M. DE FALLOUX (*volviendo al pie de la tribuna*): Os pido permiso para interrumpiros.

M. VÍCTOR HUGO: No os le doy.

EL PRESIDENTE: Teneis la palabra, M. Victor Hugo.

M. VÍCTOR HUGO: Publicistas de otro color, diarios de otro matiz que expresan con claridad el pensamiento del gobierno, puesto que se venden por las calles con privilegio y exclusión de otros, nos dicen cada día:

"Teneis razon; la legitimidad es imposible, la monarquía de derecho divino y de principios ha muerto; pero queda otra, la monarquía de gloria, el imperio, que es, no solo posible, sino necesaria."

Hé aquí el lenguaje que emplean. Examinemos este otro lado que presenta la cuestión monárquica.

¿Invocais ante todo la gloria para definirla? Si disponeis de esa gloria, enseñádnosla. (*Risas.*) Tengo la curiosidad de presenciar algo glorioso en este gobierno. Vuestra gloria dónde está? La busco, miro á mi alrededor y no la encuentro. Sabéis cómo se consigue?

M. LEPIC: Preguntádselo á vuestro padre.

M. VÍCTOR HUGO: ¿Cuáles son sus elementos? ¿Qué tengo y que tenemos ante nuestras miradas? Lazos tendidos á

nuestras libertades para agarrotarlas mejor; el sufragio universal vendido y mutilado; los programas socialistas confinando con una política casi jesuita; por gobierno una inmensa intriga (*Movimiento*); la historia tal vez sea más dura y le llame complot (*Viva sensación*); una inteligencia sobreentendida que señala al imperio como término de la República, y que forma de quinientos mil empleados una especie de francmasonería bonapartista en el seno de la nación; reformas aplazadas, ó chasqueadas mejor dicho; las contribuciones, que son onerosas, exageradas para el pueblo, mantenidas ó restablecidas; el estado de sitio pesando sobre cinco departamentos; París y Lyon vigilados constantemente; negada la amnistía, la emigración creciente, las deportaciones votadas, gemidos dolorosos en la Kasbah de Bone, martirios en Belle-Isle, casamatas donde no dejan que se pudran los colchones, pero en las que se dejará pudrir á los hombres; la prensa perseguida, los miembros del Jurado escogidos á capricho, poca justicia y demasiada policía; miseria abajo, anarquía arriba, y la arbitrariedad, la opresión y las iniquidades presentando todas las apariencias del cadáver de la República romana! (*Bravos en la izquierda.*)

UNA VOZ EN LA DERECHA: ¡Ese es el balance de la República!

EL PRESIDENTE: Silencio! no interrumpais; de este modo constará que es libre la tribuna. Proseguid.

M. CHARRAS: Libre á pesar vuestro.

M. VÍCTOR HUGO: La horca, es decir, el Austria alzada sobre la Hungría, sobre los lombardos, sobre Milán y sobre Venecia; la Sicilia entregada á los fusilamientos, la esperanza de las nacionalidades en la Francia destruida, roto el lazo íntimo de los pueblos, por todas partes pisoteado el derecho, lo mismo al Norte que al Mediodía, así en Cassel como en Palermo; la coalición de los reyes latente, esperando solo el momento oportuno; muda nuestra diplomacia, por no decir cómplice; la Turquía abandonada, sin apoyo contra el czar y obligada á tener que abandonar los proscriptos; Kossuth agonizando en una mazmorra del Asia menor.

¡Hé aquí la situación en que nos encontramos!

La Francia baja la cabeza, Napoleon se extremece de vergüenza en su sepulcro y cinco ó seis mil bribones gritan: ¡Viva el emperador!

¿Es esto, acaso, lo que llamais vuestra gloria?

M. DE LADEVANSAYE: La República es la que nos ha traído á la situación que describís.

EL PRESIDENTE: ¿También al gobierno de la República se dirigen esos reproches?

M. VÍCTOR HUGO: Voy á ocuparme de vuestro imperio, que ya deseo ocuparme de él.

M. VIEILLARD: (1) Sabeis bien que nadie piensa en el imperio.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, murmurad todo lo que queráis, pero no admito equívocos.

Se dice: Nadie piensa en el imperio; pero yo tengo por costumbre arrancar las caretas.

Decís que nadie piensa en el imperio? ¿Qué significan, entonces, los gritos pagados de: ¡Viva el emperador? ¿Quién los paga?

¿Qué significan entonces las palabras del general Changarnier y las alusiones á los pretorianos, que vosotros aplaudís con intemperancia? ¿Qué significado tiene la frase de M. Thiers, que también aplaudisteis: "El imperio está creado?"

¿Qué significa la petición ridícula y mendigada de la prolongación de los poderes?

¿Qué representa esa prolongación? ¿Es el consulado vitalicio? ¿Y á dónde conduce el consulado vitalicio? Al imperio. Se trama una gran intriga, señores, y tengo derecho á descubrirla y á sacarla á la luz del día.

De otro modo podría ocurrir que se apoderasen de Francia por sorpresa y que un día amaneciésemos con un emperador, sin saber por qué.

Discutamos esta pretensión.

¿Porque hubo un hombre que ganó la batalla de Marengo y que llegó á reinar, quereis reinar también no habiendo ganado más batalla que la de Satory? (*Risas.*)

EN LA IZQUIERDA: Muy bien! ¡muy bien! Bravo!

M. EMILIO DE GIRARDIN: Perdió esa batalla.

M. FERNANDO BARROT: (2) Hace tres años está ganando una batalla; la del orden contra la anarquía.

M. VÍCTOR HUGO: ¿Porque hace diez siglos, Carlo-Magno, después de cuarenta años de gloria, dejó caer sobre la su-

(1) Senador después durante el imperio con 30.000 francos anuales.

(2) Senador del imperio con 30.000 francos.

perficie de la tierra un cetro y una espada, tan inmensamente grandes que no hubo quien se atreviese á tocarlos, existiendo hombres que se llamaron Felipe Augusto, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV; porque mil años después— que necesita una gestación de mil años la humanidad para producir semejantes hombres,—porque mil años después apareció otro genio que recogió aquella espada y aquel cetro y se puso en pie sobre el continente, creando la gigantesca historia cuyo deslumbramiento dura aun; que encadenó la revolución en Francia y la desencadenó en Europa, dando á su nombre como brillantes sinónimos Rívoli, Jena, Esslings, Friedland, Montmirail; porque después de diez años de inmensa gloria, de gloria casi fabulosa á fuerza de grandeza, dejó caer á su vez aquel cetro y aquella espada que á tantas empresas colosales dió remate, pretendéis vosotros venir á recogerlos, como los recogió Napoleon después de Carlo-Magno, y empuñar con vuestras manecillas el cetro de los titanes y la espada de los gigantes? ¿Y para qué? ¿Después de Augusto, Augusto! ¿Porque hayamos tenido á Napoleon el Grande, será preciso tener á Napoleon el Pequeño? (*La izquierda aplaude, la derecha grita. La sesión se interrumpe durante algunos minutos. Tumulto inexplorable.*)

EN LA IZQUIERDA: Señor Presidente, hemos oído á M. Berryer; la derecha debe oír á M. Víctor Hugo. Haced que se calle la mayoría.

M. SAVATIER-LAROCHE: Se debe tener respeto á los grandes oradores.

M. DE LA MOSKOWA: (1) El Presidente debe hacer respetar al gobierno en la persona del presidente de la República.

M. LEPIC: (2) "Se está deshonrando á la República."

M. DE LA MOSKOWA: Estos señores gritan: ¡Viva la República! é insultan á su presidente.

M. ERNESTO DE GIRARDIN: Napoleon Bonaparte ha obtenido seis millones de votos; estais, pues, insultando al que eligió el pueblo. (*Viva agitación en el banco de los ministros. El Presidente procura en vano hacerse escuchar en medio del tumulto.*)

M. DE LA MOSKOWA: ¿Ni una palabra de protesta saldrá del banco de los ministros?

M. BAROCHE, MINISTRO DE NEGOCIOS

(1) Senador del imperio con 30.000 francos.

(2) Después ayudante del emperador.

EXTRANJEROS: (1) Discutid y no insulteis.

EL PRESIDENTE: Teneis derecho á procurar la abrogación del art. 45 en términos legales, pero no teneis derecho á insultar. (*Los aplausos de la extrema izquierda redoblan y cubren la voz del Presidente.*)

EL MINISTRO DE NEGOCIOS: Discutís proyectos que no existen, y por lo tanto vuestras palabras son ofensivas.

EL PRESIDENTE: La oposición ha simulado cubrir de aplausos mi observación y la del señor ministro, á la que habia precedido.

Decía á M. Víctor Hugo que tiene perfecto derecho para pedir la revisión del art. 45 en términos legales; pero que no le tiene al discutir, bajo forma insultante, una candidatura personal que no es de la cuestión.

VOCES EN LA IZQUIERDA: Sí que es de la cuestión.

M. CHARRAS: Lo habeis visto vos mismo en Dijon y frente á frente.

EL PRESIDENTE: Os llamo al orden; ahora soy el Presidente de la Asamblea: en Dijon respeté las conveniencias, y por eso callé allí.

M. CHARRAS: No se han guardado con vos estas conveniencias.

M. VÍCTOR HUGO: Contestando al señor Presidente y al señor ministro, que me acusan de ofender al presidente de la República, digo que la Constitución me concede derecho para acusarle, del cual usaré cuando lo juzgue oportuno, sin perder el tiempo en ofenderle, pues no lo es el decir que no es un gran hombre.

M. BRIFFANT: Vuestros insultos no pueden llegar hasta él.

M. DE LA COULAINCOURT: Hay injurias que no pueden alcanzarle.

EL PRESIDENTE: Si continuais por ese camino después de mi advertencia, tendré que llamaros al orden.

M. VÍCTOR HUGO: Hé aquí lo que tengo que añadir, y el señor Presidente no impedirá que complete mi explicación.

Lo que pedimos al señor presidente responsable de la República, lo que esperamos de él, lo que tenemos derecho á exigirle, no es que sea un gran hombre mientras le dure el poder, sino que lo dimita como hombre honrado.

EN LA IZQUIERDA: Muy bien! ¡muy bien!

M. CARY: (2) No le calumnieis y esperad.

(1) Presidente del Consejo de Estado del imperio con 150.000 francos anuales.

(2) Senador del imperio con 30.000 francos.